

# MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO (*Redemptoris Mater*, nn. 1-24)

JUAN LUIS BASTERO

## 1. *Presentación*

El mejor marco para captar la singular dignidad de María y su misión en la obra salvadora es el cristológico-ecclesiológico en el que Dios por un designio especialísimo la ha situado. Prescindir de este encuadre es reducir unilateralmente a María y no captar la honda riqueza que en sí misma posee. Efectivamente, si la enmarcamos en una visión exclusivamente cristológica, María se presenta como la criatura singularísima perteneciente al orden hipostático —Madre de Dios—, dotada de unos privilegios que la exaltan casi hasta los confines de la divinidad, y la otorgan un puesto único en la economía de la salvación. Este planteamiento, por tanto, tiende a exaltar a la Virgen por sí misma, pero no consigue referirla suficientemente a su puesto en el conjunto del plan de salvación. Como afirma Laurentin, los cultivadores de esta perspectiva se preocupan más de construir una mariología de «corte científico», deduciéndola de principios propios, que de integrarla en el resto de la teología<sup>1</sup>.

Por el contrario, si encuadramos a María en una perspectiva meramente ecclesiológica, se pone el acento más en las funciones que en los privilegios. O dicho de otra manera, menos en sí misma que en su relación con Cristo y su Iglesia. Esta tendencia como expone el P. Llamas, «considera a María como miembro de la Iglesia, el más excelente y elevado en el Cuerpo Místico, la realización más perfecta, después de la Encarnación, de la acción salvífica de Dios en la humanidad, como la personificación de la Iglesia y su icono glorificado, en una anticipación temporal, gloriosa y triunfante. Pero

---

1. R. LAURENTIN, *La renovación conciliar y el capítulo sobre la Virgen*, en «Est Mar» 27 (1966) 347.

de cualquier modo, María en esta concepción no rebasa el límite de la línea de una eclesiología»<sup>2</sup>. Esta corriente revaloriza cuestiones algo olvidadas por la tendencia cristotípica<sup>3</sup>, en concreto los referentes al papel de la Virgen en el plan de Dios, y facilita una mejor comprensión de que los privilegios marianos son también un aspecto de sus funciones y no meramente unas excepciones propias de María. Sin embargo, al mismo tiempo corre el riesgo de pasar por alto o minusvalorar otros aspectos de la singularidad de nuestra Madre: la gracia de María, su ciencia, la dimensión fisiológica de la virginidad en el parto, etc.

Estos dos planteamientos marianos —el cristotípico y el eclesiotípico— aportan elementos muy útiles para la mariología. Aunque algunos estudiosos los consideraban irreconciliables entre sí, vistos sin apasionamiento y con una cierta perspectiva histórica, pueden ayudarnos a profundizar rectamente en la persona y obra de María, si se adoptan sin reduccionismos ni exclusivismos, en una visión complementaria.

El Concilio Vaticano II ha logrado, por elevación, superar esta posible antinomia. No ha querido dirimir la controversia, pues según sus propias palabras, no tiene «la intención de proponer una doctrina completa sobre María, ni resolver las cuestiones que aún no ha dilucidado plenamente la investigación de los teólogos. Así, pues, siguen conservando sus derechos las opiniones que en las escuelas católicas se proponen libremente acerca de aquella que, después de Cristo, ocupa en la santa Iglesia el lugar más alto y a la vez el más próximo a nosotros»<sup>4</sup>. Sin embargo, el Concilio ha marcado la pauta para eliminar controversias estériles, al considerar a la Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia<sup>5</sup>. El camino mostrado es una síntesis de las dos tendencias, ahondando en la situación que ocupa María en esa doble perspectiva: María en el misterio de Cristo<sup>6</sup> y la Virgen en la Iglesia<sup>7</sup>. El texto conciliar muestra a María, Madre de Dios, «enriquecida desde el primer instante de su concepción con el res-

2. E. LLAMAS, *Los principios mariológicos sancionados por el C. Vaticano II*, en «EstMar» 27 (1966) 292.

3. Denominación que ha quedado acuñada en el Congreso Mariológico de Lourdes del año 1958 y que fue propuesta por H. M. KOELTER, *Quid iuxta investigationes hucusque peractas tamquam minimum tribuendum sit B. M. Virgini in cooperatione eius ad opus Redemptionis*, en «Maria et Ecclesia», Roma 1959, tº II, pp. 21-49.

4. *Lumen Gentium*, n. 54.

5. Así se titula el capítulo VIII de la Cons. *Lumen Gentium*.

6. *Lumen Gentium*, 55-59.

7. *Id.*, 60-65.

plandor de una santidad enteramente singular»<sup>8</sup> en una perfecta unión «con el Hijo en la obra de la salvación»<sup>9</sup>.

Sería un error considerar este logro del Concilio Vaticano II como una meta o término en la doctrina mariana. Al contrario debe ser visto como un punto de partida o arranque por donde debe discurrir la investigación teológica, si desea ser continuadora del espíritu constructivo que ha animado al aula conciliar.

Fruto inmediato de esta postura es la proclamación, hecha por Pablo VI, de María como Madre de la Iglesia. Estas son sus palabras: «Para gloria de la Santísima Virgen y para consuelo nuestro, proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo cristiano, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman madre amantísima; y decretamos que, desde ahora en adelante, con este nombre suavísimo, todo el pueblo cristiano honre todavía más a la Madre de Dios y le dirija sus oraciones»<sup>10</sup>. Título que según el P. Pozo, «encierra en sí una afirmación de la trascendencia de María con respecto a la Iglesia», pero enmarcado «en un contexto que acentúa fuertemente la pertenencia de María a la Iglesia»<sup>11</sup>, logrando una posición de equilibrio, que es expresión auténtica de la mente del Concilio.

Bajo esta dimensión y en este mismo espíritu debemos encuadrar el pontificado de Juan Pablo II. Es muy significativo que en la primera alocución *Urbi et Orbi*, pronunciada después de la Santa Misa en presencia de todo el Colegio Cardenalicio en la Capilla Sixtina, el Papa al indicar las líneas directrices de su pontificado diga: «En primer lugar deseamos insistir en la permanente importancia del Concilio Vaticano II, y por ello constituye un compromiso formal nuestro dar al mismo la debida ejecución... Consideramos, por tanto, un deber primario el de promover, con acción prudente y al mismo tiempo estimulante, la más exacta ejecución de las normas y de las orientaciones del mismo Concilio... Es necesario, en definitiva, hacer que madure, en el sentido del movimiento y de la vida, la simiente fecunda que los Padres de la asamblea ecuménica, alimentados con la palabra de Dios, lanzaron en terreno fecundo, es decir, sus autorizadas enseñanzas y sus opciones pastorales»<sup>12</sup>.

8. *Id.*, 56.

9. *Id.*, 57.

10. AAS 56 (1964) 1015. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 47.

11. C. POZO, *María en la Obra de la Salvación*, Madrid 1974, p. 62.

12. JUAN PABLO II, *Primer mensaje Urbi et Orbi*, 17.X.1978. Cfr. «Ecclesia» 1907 (1978) 1318.

Todos los actos —documentos, encíclicas, discursos, etc.— del pontificado del Papa actual están bajo esta perspectiva: el desarrollo homogéneo y fecundo de la doctrina conciliar.

Siendo ésta la mente de Juan Pablo II, tenemos a la vez que afirmar que hay otro componente espiritual que condiciona toda su vida: el amor a la Santísima Virgen. Al concluir aquel mensaje programático el Papa decía: «En esta hora que hace temblar, no podemos menos de dirigir con filial devoción, nuestra mente a la Virgen María, que siempre vive y actúa como Madre en el misterio de Cristo y de la Iglesia, repitiendo las dulces palabras *totus tuus* —todo tuyo— que hace veinte años escribimos en nuestro corazón y en nuestro escudo, con motivo de nuestra ordenación episcopal»<sup>13</sup>.

Estas dos coordenadas están presentes continuamente en el magisterio del Papa. Las referencias explícitas al Concilio último y a la Madre de Dios son abundantísimas y han dado lugar a un sinnúmero de publicaciones<sup>14</sup>.

En este marco se debe colocar (cfr. n. 48) la última encíclica —*Redemptoris Mater*— promulgada el 25 de marzo de 1987, fiesta de la Anunciación, cuyo título, *Encíclica sobre la Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina*, nos indica las líneas maestras en las que se encuadra este documento papal: María, Madre de Cristo, en su relación con la Iglesia, que es idéntico al planteamiento expuesto en el capítulo VIII de la *Lumen Gentium*. Tiene, pues, esta encíclica una dimensión eminentemente eclesiológica —cfr. n. 2, 6, 25, 52, etc.—, siendo lógico, por tanto, que la segunda parte de ella trate de *La Madre de Dios en el centro de la Iglesia peregrina* y la tercera se refiera a la *mediación materna*.

El presente trabajo se va a centrar en la primera parte de la encíclica (n. 1-24), o sea, en la Introducción (n. 1-6) y en el primer capítulo (n. 7-24), que lleva por título *María en el misterio de Cristo*.

## 2. Introducción

En los ambientes teológicos, después de las encíclicas dedicadas al Padre de las misericordias —*Dives in misericordia* (1980)—, al Redentor del mun-

13. *Ibidem*.

14. Refiriéndonos a la doctrina mariana, como botón de muestra, véanse las obras de D. BERTETTO, *Maria nel Magistero di Giovanni Paolo II*, Roma, tº XIV, XVI, XVIII, XX, XXI, XXII; J. IBÁÑEZ-F. MENDOZA, *Juan Pablo II habla de la Virgen*, Pamplona 1982.

do —*Redemptor hominis* (1979)— y al Espíritu Santo —*Dominum et vivificantem* (1986)—, se echaba en falta y, por tanto, se esperaba con cierta expectación una encíclica sobre María, la criatura más perfecta salida de las manos de Dios y a la que el pueblo cristiano honra y venera como la hija predilecta del Padre, la madre virginal del Hijo y el sagrario del Espíritu Santo (cfr. n. 9).

El Papa en la Introducción nos señala el motivo y razón de este documento: «la perspectiva del año dos mil ya cercano en el que el Jubileo bimilenario del nacimiento de Jesucristo orienta, al mismo tiempo, nuestra mirada hacia su Madre» (n. 3). El Romano Pontífice haciéndose eco de un querer explícito de muchos cristianos, ve conveniente y oportuno «hacer preceder tal conmemoración por un análogo Jubileo dedicado a la celebración del nacimiento de María» (n. 3).

Este deseo de Juan Pablo II no es algo repentino, sino que ha sido largamente madurado durante varios años. Y en su visita a Lourdes —el 15 de agosto de 1983— había manifestado: «Siempre subrayamos que el jubileo extraordinario de este año prepara a la Iglesia al gran jubileo del segundo milenio» y un poco antes afirma, «¿no sería, por tanto, oportuno celebrar antes el segundo milenio del nacimiento de María?»<sup>15</sup>. A pesar de que muchos, con motivo del bimilenario del nacimiento de Cristo, se preguntan el momento de la venida al mundo de María, no es posible precisar con certeza esa fecha. De todas formas «la atención de la Iglesia está totalmente centrada, antes que nada, en el hecho salvífico (además de la consideración de la fecha) y no sobre el dato histórico solamente»<sup>16</sup>. Sin embargo, «es constante por parte de la Iglesia la conciencia de que María apareció antes de Cristo en el horizonte de la historia de la salvación» (n. 3). Y así como el tiempo litúrgico de Adviento precede a la Navidad, el jubileo mariano es lógico que anteceda al jubileo cristológico del año dos mil. En Lourdes el Papa, glosando estas mismas ideas, había dicho: «Pero el Adviento es de manera muy particular el tiempo de María. Es solamente de ella, donde la espera de todo el género humano, en lo que se refiere a Cristo, alcanza su punto culminante. Ella lleva esta espera a su plenitud: la plenitud del Adviento»<sup>17</sup>. Por lo tanto, como el Adviento prepara y se orienta a la Navidad, de la misma forma es comprensible que el pueblo cristiano vuelva su rostro «a la que en la 'noche' de la espera de Adviento, comenzó a resplan-

15. *Homilía en la Solemnidad de la Asunción* (15.VIII.1983), D. BERTETTO, *María nel Magistero ...*, o. c. XXI, p. 297; cfr. *id.* XXII, p. 67 (Homilía del 8.XII.1983).

16. *Id.*

17. *Id.*

decer como una verdadera 'estrella de la mañana' (*Stella matutina*)» (n. 3), estrella que precede a «la salida del 'sol de justicia' en la historia del género humano».

En la mente de Juan Pablo II, este jubileo no sólo es un recuerdo o rememoración del pasado, sino que, poniendo en el presente un hecho acontecido en el pasado —el nacimiento de María—, tiende hacia el futuro, proyectando su acción hacia el tercer milenio de la era cristiana, iluminando la andadura de la humanidad con la claridad emanada de la Redención de Cristo operada hace casi dos mil años. «La Encíclica está marcada por una fuerte conciencia histórica, que va en búsqueda del nexo interior entre pasado, presente y futuro con el fin de comprender más a fondo los desafíos concretos del actual momento histórico y de encontrarles la respuesta más adecuada». Con estas palabras el Cardenal Ratzinger presentó el documento papal a los periodistas mostrando el pensamiento que subyace tanto en el Jubileo como en la Encíclica<sup>18</sup>.

Por otra parte, el Papa por su preocupación ecuménica, quiere atraer a este Jubileo a todos los cristianos, eligiendo, no sin un claro motivo, este año 1987 para la publicación de este documento. En efecto, estamos en la vigilia del «milenario del bautismo de San Vladimiro, Gran Príncipe de Kiev (a. 988), que dio comienzo al cristianismo en los territorios de la Rus' de entonces y a continuación, en otros de Europa oriental; y que por este camino, mediante la obra de evangelización, el cristianismo se extendió más allá de Europa, hasta los territorios septentrionales del continente asiático» (n. 50; cfr. n. 33). La Encíclica es, por tanto, una invitación a la unión con los ortodoxos en la plegaria a María, pues «ante la Madre de Cristo nos sentimos verdaderos hermanos y hermanas en el ámbito de aquel pueblo mesiánico, llamado a ser una única familia de Dios en la tierra» (n. 50; cfr. nn. 29 y 31).

El Papa inicia esta Encíclica desde la óptica cristológico-mariana que presenta el texto de Gal 4, 4: «Al llegar la plenitud de los tiempos envié Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para que recibieran la filiación adoptiva».

El mismo designio de Dios Padre por el que envía al Hijo —por obra del Espíritu Santo— es el que convierte a María en Madre de Dios. Por tan-

---

18. *L'Osservatore Romano*, 27.III.1987. Cfr. n. 49: «Se trata de recordar no sólo que María 'ha precedido' la entrada de Cristo Señor en la historia de la Humanidad, sino de subrayar además a la luz de María que desde el cumplimiento del misterio de la Encarnación la historia de la Humanidad ha entrado en la 'plenitud de los tiempos' y que la Iglesia es signo de esa plenitud».

to, María, al ser un elemento esencial y único en la Encarnación del Verbo, está intrínsecamente vinculada a la plenitud de los tiempos.

Este versículo —con el que también comienza el capítulo VIII de la constitución *Lumen Gentium*— contiene potencialmente las líneas maestras del desarrollo doctrinal expuestas en el documento papal. Efectivamente en la perícopa paulina subyacen tres aspectos:

a) La asociación intrínseca de la «mujer» a la plenitud de los tiempos, plenitud que «define el instante en el que por la entrada del Eterno en el tiempo, el tiempo mismo es redimido y llenándose del misterio de Cristo se convierte definitivamente en ‘tiempo de salvación’» (n. 1).

b) La maternidad divina de la «mujer». Fue María la que hizo posible que la Palabra que estaba con Dios se hiciera carne y pusiera su morada entre nosotros (cfr. Ioh 1, 14) haciéndose hermano nuestro.

c) La dimensión eclesio-soteriológica de la maternidad de la «mujer», pues la Encarnación del Verbo está orientada a la liberación del pecado y a la recepción de la filiación divina adoptiva.

Por lo que acabamos de exponer, el modo con que el Romano Pontífice inicia la Encíclica, coloca y enmarca a María en el lugar exacto y preciso del *mysterium salutis*: unida indisolublemente en la Encarnación, a su Hijo (n. 1), y con una apertura total a la obra y misión de Cristo que la convierte en compañera singularmente generosa del Mesías y Redentor (n. 39), es entregada como madre virginal a la Iglesia naciente (n. 40) y desde entonces está «unida de modo particular a la Iglesia ‘que el Señor constituyó como su cuerpo’» (n. 5). O bien con otras palabras, este comienzo nos muestra que «María pertenece indisolublemente al misterio de Cristo y pertenece además al misterio de la Iglesia, desde el día de su nacimiento» (n. 27).

### 3. *La peregrinación de la fe*

El tema de la «peregrinación de la fe» constituye el marco sobre el que el Papa elabora toda la doctrina mariana contenida en la Encíclica. Es el armazón o columna vertebral donde se articulan y relacionan las tres partes del documento. No sin intención Juan Pablo II ha titulado este texto magisterial «Sobre la Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina».

El Romano Pontífice explicita y desarrolla en este texto la doctrina incoada en el capítulo VIII de la constitución *Lumen Gentium*. En ese do-

cumento conciliar se afirma que María, acogiendo la palabra de Jesús avanzó «en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la Cruz» (LG 58). Y al ser Madre del Redentor —cabeza del Cuerpo místico (LG 52)— está unida de modo particular a la Iglesia, «pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre» (LG 63), antecedendo «con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor» (LG 68)<sup>19</sup>.

El Papa, colocándose en el momento actual —al término del segundo milenio— siente la necesidad de poner de relieve «la presencia singular de la Madre de Cristo en la historia, especialmente durante estos últimos años anteriores al dos mil» (n. 3). Presencia que pasó inadvertida a sus contemporáneos, pero llena de luz y resplandor ante Dios, que desde siempre había asociado a María a la historia de la salvación.

Es en esta dimensión histórica donde María realizó su «peregrinación de la fe» y donde «avanzó manteniendo fielmente su unión con Cristo. De esta manera aquel doble vínculo que une la Madre de Dios a Cristo y a la Iglesia adquiere un significado histórico. No se trata aquí sólo de la historia de la Virgen Madre, de su personal camino de fe..., sino además de la historia de todo el Pueblo de Dios, de todos los que toman parte en la misma peregrinación de la fe» (n. 5). Dicho de otra manera, ese caminar de María en la fe no queda reducido al ámbito propio y singular de Ella misma, sino que antecede y orienta —como «tipo o modelo» (n. 5)— al itinerario histórico de la Iglesia hasta que llegue la consumación de los tiempos.

En el designio divino María está contenida en el plan eterno de salvación. Es decir, en el mismo acto eterno por el que Dios determina salvar a la humanidad caída por medio del Verbo encarnado, se incluye a María como Madre —en el tiempo— del Hijo hecho hombre. De este presupuesto parte el Papa para mostrar la peregrinación de la Virgen: «en el misterio de Cristo, María está presente ya 'antes de la creación del mundo' como aquella que el Padre 'ha elegido' como Madre de su Hijo en la Encarnación, y junto con el Padre la ha elegido el Hijo, confiándola eternamente al Espíritu de santidad» (n. 8).

Esa elección divina quedó plasmada temporalmente en un momento determinado: en la Encarnación, que es «el punto de partida de donde ini-

---

19. Para un estudio desarrollado de esta doctrina puede consultarse M. GARCÍA-MIRALLES, *María señal de firme esperanza y de consuelo para el pueblo de Dios que peregrina en la tierra*, en «EstMar» 30 (1968) 315-337.

cia todo su 'camino hacia Dios', todo su camino de fe. Y sobre esta vía, de modo eminente y realmente heroico... se efectuará la 'obediencia' profesada por ella a la palabra de la divina revelación» (n. 14). Además la Encarnación es el momento en el que se inaugura la plenitud de los tiempos. El Papa hace un parangón entre la fe de Abraham y la de María, siendo la primera figura de la segunda. Efectivamente, «en la economía salvífica de la revelación divina la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la Anunciación da comienzo a la Nueva Alianza» (n. 14) «de Dios con la Humanidad en Jesucristo» (n. 27).

A partir del *fiat* comienza el itinerario de fe en el que María sigue fidelísimamente la senda marcada por su Hijo, pues «desde el momento de la anunciación y de la concepción, desde el momento del nacimiento en la cueva de Belén, María siguió paso tras paso a Jesús en su maternal peregrinación de fe» (n. 26).

El Papa en esta Encíclica va desgranando la peregrinación mariana, marcando los hitos más importantes de la vida de nuestra Madre. «Siempre a través de este camino de la 'obediencia de la fe' María oye algo más tarde otras palabras: las pronunciadas por Simeón en el templo de Jerusalén» (n. 16). El anciano Simeón, hombre justo y temeroso de Dios, «aparece al comienzo del 'itinerario' de la fe de María. Sus palabras, sugeridas por el Espíritu Santo, confirman la verdad de la Anunciación» (*ibidem*) y explicitan en parte el mensaje recibido de labios del ángel, pues muestran «la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir, en la incompreensión y en el dolor» (*ibidem*).

Los treinta años de la vida oculta de Cristo fueron también un período en el que María progresó en el camino de fe querido por Dios para Ella. Fueron años fecundos en los que la Virgen María «hallándose al lado del Hijo, bajo un mismo techo, y 'manteniendo fielmente la unión con su Hijo' avanzaba en la peregrinación de la fe» (n. 17), siguiendo los pasos del Señor a través de la vida oculta en Nazaret (cfr. n. 26).

El itinerario de fe de la «llena de gracia» va avanzando con la vida de su Hijo y alcanza su pleno significado cuando acompaña a Cristo en el momento supremo del Calvario. Allí se prueba «cuán grande, cuán heroica es en esos momentos la obediencia de la fe demostrada por María ante los insondables designios de Dios» (n. 18). Fe que se convierte en la clave que da acceso a la realidad íntima de María. «Si como llena de gracia ha estado presente eternamente en el misterio de Cristo, por la fe se convertía en partícipe en toda la extensión de su itinerario terreno: 'avanzó en la pe-

regrinación de la fe' y al mismo tiempo de modo discreto y eficaz, hacía presente a los hombres el misterio de Cristo» (n. 19).

Este camino de fe de María quedó finalizado en su dimensión personal en el momento de la glorificación de la Madre de Dios, cuando concluido el curso de su vida terrestre fue asunta en cuerpo y alma al cielo<sup>20</sup>. Así pues, «la peregrinación de la fe ya no pertenece a la Madre del Hijo de Dios» (n. 6), sino que superado el escalón de la fe, ahora goza de la visión intuitiva de la divinidad.

Sin embargo, en su dimensión tipológica «la bienaventurada Virgen María sigue precediendo al Pueblo de Dios. Su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia» (n. 6) y para todo el género humano, pues a todos los hombres llega la redención de Cristo y por ende de todos es María «figura en la fe, en la esperanza y en la caridad» (n. 2).

La Esposa de Cristo, cuya misión es continuar la obra redentora a través de los tiempos, está vinculada a la Historia en una doble perspectiva: en primer lugar a la historia íntima y personal de cada hombre y además, como sociedad visible que es, al proceso histórico de la Humanidad.

El Papa hace referencia a esta doble dimensión cuando escribe: «El Concilio Vaticano II habla de la Iglesia en camino, estableciendo una analogía con el Israel de la Antigua Alianza en camino a través del desierto. El camino posee un carácter incluso exterior, visible en el tiempo y en el espacio, en el que se desarrolla históricamente... Sin embargo, el carácter esencial de su camino es interior. Se trata de una peregrinación a través de la fe» (n. 25), peregrinación que esencialmente «indica la historia interior, es decir la historia de las almas», aunque «es también la historia de los hombres, sometidos en esta tierra a la transitoriedad y comprendidos en la dimensión de la historia» (n. 6).

En todo este complejo camino la Iglesia tiene un modelo perenne, luminoso y fecundo: María. Con Ella la vacilación se transforma en seguridad, la oscuridad en claridad y lo arduo en hacedero. Por esto el Pueblo de Dios «en ese camino procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María» (n. 2).

El itinerario de fe de la Iglesia se inicia en el día de Pentecostés en el Cenáculo donde los discípulos de Cristo reciben el Espíritu Santo. En aquel momento María también está allí (cfr. n. 24), de tal forma que en

---

20. Pío XII, Const. Apostólica *Munificentissimus Deus*, Dz. 2333.

ese instante ambos itinerarios —el de María y el de la Iglesia— se encuentran. Así lo afirma el Papa: «Desde aquel momento inicia también aquel camino de fe, la peregrinación de la Iglesia a través de la historia de los hombres y de los pueblos. Se sabe que al comienzo de este camino está presente María, que vemos en medio de los Apóstoles en el cenáculo 'implorando con sus ruegos el don del Espíritu Santo'» (n. 26). La presencia de la Madre de Jesús en el conjunto de discípulos que constituían el germen del nuevo Israel, tiene una misión determinada, pues, «estaba en medio de ellos como un testigo excepcional del Misterio de Cristo» (n. 27; cfr. n. 26), es decir, «como Madre del Señor glorificado» (n. 40).

Si desde este instante el camino de fe de María discurre unido al de la Iglesia, es obvio afirmar que el itinerario de la Virgen es más largo. Y esto por dos motivos: en primer lugar porque ya en la Anunciación ha descendido sobre Ella el Espíritu Santo y la ha convertido en su esposa y Madre del Hijo (cfr. n. 26); en segundo lugar porque temporalmente antecedió su peregrinación a la de los Apóstoles. De aquí que «el camino de fe de María a la que vemos orando en el cenáculo, es por tanto 'más largo' que el de los demás reunidos allí: María 'les precede', marcha delante de ellos» (n. 26), convirtiéndose en «tipo o modelo» (n. 5 y 44), «mediadora» (n. 38), «figura» (n. 42), «abogada de gracia» (n. 47) y «madre» (n. 24).

Desde entonces la Santísima Virgen «antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo» (n. 29). Esta precedencia ontológica y temporal de la peregrinación de fe de María sobre la Iglesia, no impide que simultáneamente exista una presencia continua y actual, ya que, como afirma también el Romano Pontífice, «la Virgen Madre está constantemente presente en este camino de fe del Pueblo de Dios hacia la luz» (n. 35). Y lo está por su eximia vida de fe, que la ha configurado de una forma especial con su Hijo y con la obra de su Hijo. Así pues, «en este camino —peregrinación eclesial— a través del espacio y del tiempo y más aún a través de la historia de las almas, María está presente como la 'feliz que ha creído', como la que avanzaba en 'la peregrinación de la fe' participando como ninguna otra criatura en el misterio de Cristo» (n. 25). O bien expuesto más sintéticamente, se afirma en la Encíclica que la «participación viva de la fe de María decide su presencia especial en la peregrinación de la Iglesia como nuevo Pueblo de Dios en la tierra» (n. 27).

El Papa se fija en dos puntos concretos del camino de la Iglesia que tienen un interés y una vigencia especiales. En primer lugar, en el ecumenismo. Siguiendo un querer prioritario del Concilio Vaticano II, donde con sentido de urgencia se nos insta a la unión de los cristianos, el Romano Pontífice expone que «el camino de la Iglesia, de modo especial en nuestra

época, está marcado por el signo del ecumenismo» (n. 29). Pero esta unidad sólo se verificará si se fundamenta en la unidad de fe. «Es necesario que los cristianos profundicen... en aquella 'obediencia de la fe' de la que María es el primer y más claro ejemplo» (n. 29) y a la vez Ella es la que debe guiar a los discípulos de Cristo «a la unidad querida por su único Señor» (n. 30). Todos los cristianos, por tanto, deben contrastar su andar terreno con el itinerario de fe de la Virgen Madre y han de acudir a su intercesión poderosa para recorrer sin falla el camino hacia la patria celestial. Así pues, «los cristianos alzando con fe los ojos hacia María a lo largo de su peregrinación terrena, 'aún se esfuerzan en crecer en la santidad'. María, la excelsa hija de Sión, ayuda a todos los hijos —donde y como quiera que vivan— a encontrar en Cristo el camino hacia la casa del Padre» (n. 47).

En segundo lugar, en su opción preferencial por los pobres. Efectivamente, «la Iglesia, que desde el principio conforma su camino terreno con el de la Madre de Dios, siguiéndola repite constantemente las palabras del *Magnificat*» (n. 37), porque en este cántico mariano está maravillosamente compendiado su amor preferencial por los pobres, al estar Ella totalmente impregnada del espíritu de los 'pobres de Yavéh'. María es, por tanto, «la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la Humanidad». Por ello «la Iglesia debe mirar hacia Ella, Madre y Modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión» (n. 37).

Finalmente, la mediación materna (n. 38) de la Santísima Virgen ejercita su función vinculando al Pueblo de Dios que milita en la tierra con la Iglesia triunfante: «María por su mediación subordinada a la del Redentor, contribuye de manera especial a la unión de la Iglesia peregrina en la tierra con la realidad escatológica y celestial de la comunión de los santos, habiendo sido ya 'asunta a los cielos'» (n. 41).

#### 4. *María en el misterio de Cristo*

Siguiendo las pautas marcadas por el último Concilio, el Papa hace un tratamiento bíblico para mostrar la excelencia y los privilegios de María<sup>21</sup>. Es innegable que en estos últimos tiempos, a través de un estudio teológico-exegético de las perícopas marianas, se han fundamentado, esclare-

---

21. No olvidemos que desde 1962 numerosos Padres Conciliares pidieron que el esquema *De Beata Virgine* fuera más bíblico.

cido y afirmado aspectos muy básicos de la doctrina sobre la Virgen, originando un indiscutible enriquecimiento en la solidez, tanto de las prerrogativas, como de la devoción y culto mariano.

Pues bien, el Romano Pontífice colocándose en esta perspectiva procura, en esta primera parte de la Encíclica, perfilar la excelsa y singular figura de María a la luz de los textos bíblicos. El Cardenal Ratzinger, en la presentación de este documento magisterial, afirma que «el estilo sumario de la encíclica está caracterizado por una gran proximidad a la Sagrada Escritura y por una inmersión contemplativa y llena de amor a su mensaje. Una particularidad de la interpretación bíblica puesta en obra es que ella, en consonancia con el programa del Concilio, efectúa verdaderamente una lectura de la Sagrada Escritura en su totalidad y en su unidad. Ciertamente a través de acercamientos con frecuencia sorprendentes entre textos, aparentemente lejanos uno de otro, surgen perspectivas nuevas e inesperadas»<sup>22</sup>.

El Papa articula todo el estudio escriturístico de esta primera parte en tres textos neotestamentarios: a) «llena de gracia» (n. 7-11); b) «feliz la que ha creído» (n. 12-19); c) «ahí tienes a tu madre» (n. 20-24). Es patente que no sólo pretende exponer unos sucesos históricos de la vida de María, sino que desea, al hilo de ellos, captar su contenido teológico-dogmático y su significación en la historia de la salvación.

#### a) *Llena de gracia*

Comienza este párrafo citando el texto de la epístola a los Efesios (1, 3-7) donde se muestra el plan eterno de salvación de los hombres. Plan que es universal, pues «así como todos están incluidos 'al comienzo' en la obra creadora de Dios, también están incluidos eternamente en el plan divino de la salvación» (n. 7), que se inaugura en la «plenitud de los tiempos» con la venida de Jesucristo.

Este comienzo es semejante al inicio de la Encíclica, aunque presenta unas ligeras diferencias de planteamiento. Para nuestro caso, la más significativa es que en esta perícopa paulina no aparece ninguna alusión explícita mariológica.

Este plan de salvación, que es eterno y universal, «abarca a todos los hombres, pero reserva un lugar particular a la 'mujer' que es Madre de aquel

22. *L'Osservatore Romano*, 27.III.1987, p. 1.

al cual el Padre ha confiado la obra de la salvación» (n. 7) y que ha sido proféticamente anunciada en el protoevangelio (Gen 3, 15) y en el libro de Isaías (7, 14)<sup>23</sup>.

Conoce María este designio divino salvador en la Anunciación, cuando el ángel le dice: «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo» (Lc 1, 28). En ese instante las «bendiciones espirituales» con que Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo nos ha bendecido (cfr. Ef 1, 3) se derraman, por Jesucristo, sobre toda la humanidad de una manera plena y universal. «Sin embargo esta bendición se refiere a María de modo especial y excepcional; en efecto, fue saludada por Isabel como 'bendita entre las mujeres» (n. 8). O en otras palabras, en la criatura que es la «llena de gracia» y «bendita entre las mujeres» reside, en cierta manera, la plenitud de la «gloria de su gracia» (Ef 1, 6)<sup>24</sup>.

En la salutación angélica no se nombra a María por su nombre propio, sino que Gabriel la denomina como la «llena de gracia», confiriendo a esta expresión la categoría de verdadero nombre. La riqueza teológica de este nuevo y singular apelativo sólo puede ser captada, si advertimos el profundo contenido bíblico veterotestamentario presente en esta escena<sup>25</sup>. El

23. Cfr. *Lumen Gentium*, 55. El Papa cita textualmente este número.

24. No es la primera vez que Juan Pablo II en su catequesis une estos dos versículos —Lc 1, 28 y Lc 1, 42—. Véase el ejemplo siguiente: «Ave llena de gracia, el Señor está contigo (Lc 1, 28), 'bendita tú entre las mujeres' (Luc 1, 42). Este contenido está estrechamente unido al misterio de la redención. Las palabras del saludo angélico a María introducen en este misterio y, al mismo tiempo, encuentran en él su explicación. Lo expresa la primera lectura de la liturgia de hoy que nos lleva al libro del Génesis. Es allí... donde Dios anuncia por primera vez el misterio de la Redención. Por primera vez hace conocer su acción en la historia futura del hombre y del mundo. Al tentador, que se esconde bajo el aspecto de una serpiente, Dios le dice así: 'Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya, ella te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañar'. Las palabras oídas por María en la anunciación revelan que ha llegado el tiempo del cumplimiento de la promesa contenida en el Libro del Génesis. Del protoevangelio pasamos al Evangelio» (Homilía del 2.X.1983). Cfr. D. BERTETTO, *María nel Magistero...*, o. c., XXI, p. 354-355.

25. En un documento anterior, haciendo referencia a este tema, el Papa dice: «La página de Lucas en su concisión, es riquísima de contenidos bíblicos del Antiguo Testamento y de la inaudita novedad de la revelación cristiana: la protagonista es una mujer, la Mujer por excelencia (cfr. Ioh 2, 4 y 19, 26), elegida desde toda la eternidad para ser la primera e indispensable colaboradora del plan divino de salvación. Es la [almah] profetizada por Isaías (7, 14), la hija de estirpe real que responde al nombre de Miriam, de María de Nazareth, humildísima y oculta aldea de Galilea; la auténtica *novitas* cristiana, que ha colocado a la mujer en una altísima e incomparable dignidad, inconcebible para la mentalidad hebrea del tiempo, así como para la civilización greco-romana, comienza este anuncio dirigido a María por Gabriel, en el mismo nombre de Dios. Ella es saludada con palabras tan elevadas

Papa define aquí la gracia como un don especial que «tiene la propia fuente en la vida trinitaria de Dios mismo que es amor» (n. 8). Cuando el ángel llama a María la «llena de gracia» está, pues, manifestando que Ella posee la plenitud del don trinitario, que la hace presente «antes de la creación del mundo como aquella que el Padre 'ha elegido' como Madre de su Hijo en la Encarnación y junto con el Padre la ha elegido el Hijo, confiándola eternamente al Espíritu de Santidad» (n. 8), permaneciendo al mismo tiempo en una total apertura de fe a la voluntad de Dios. O bien más sintéticamente, se puede afirmar que el título «llena de gracia» «en el contexto del anuncio del ángel se refiere ante todo a la elección de María como Madre del Hijo de Dios» (n. 9), que la sitúa en el misterio de Cristo en una posición singular y exclusiva, por encima de toda criatura.

Si la plenitud de gracia introduce a María en el designio eterno de salvación de la humanidad eligiéndola como Madre del Verbo, igualmente esa plenitud de gracia constituye a María en Madre de Dios en la Anunciación; cuando pronuncia el *fiat*, el Hijo se encarna en sus purísimas entrañas y el don divino se hace presente en la humanidad. La Anunciación, por tanto, desvela y revela la Encarnación, donde el donarse salvífico que Dios hace de sí mismo alcanza uno de sus vértices (cfr. n. 9). Por ello, «María es 'llena de gracia' porque la Encarnación del Verbo, la unión hipostática del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se realiza y cumple precisamente en ella» (n. 9), convirtiéndola en Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo.

El Papa, a continuación, muestra otra manifestación de ser la «llena de gracia»: la Inmaculada Concepción. La «gloria de la gracia se ha manifestado en la Madre de Dios por el hecho de que ha sido redimida 'de un modo eminente'» (n. 10), de esta forma, preservada del pecado original, posee desde el inicio de su existencia la plenitud de gracia; pero, según la misma carta a los Efesios (1, 7), la gracia proviene de la redención de Cristo. «Por eso, por obra del Espíritu Santo, en el orden de la gracia, o sea de la participación de la naturaleza divina, María recibe la vida de aquel al que

---

que intimidan: *kairé, Ave, ¡Alégrate!* La alegría mesiánica resuena por vez primera en la tierra. *Kekaritoméne, gratia plena, ¡llena de gracia!* La Inmaculada es, aquí, esculpida en su plenitud misteriosa de la elección divina, de la predestinación eterna, de la claridad luminosa. *Dominus tecum, ¡el Señor está contigo!* Dios está con María, miembro elegido de la familia humana para ser madre del Emmanuel, de Aquel que es Dios-con-nosotros: Dios estará de ahora en adelante, siempre, sin arrepentimientos y sin retractaciones, junto a la humanidad, hecho uno con ella para salvarla y darle su Hijo, el Redentor: y María es la garantía viviente, concreta de esta presencia de Dios» (*Audiencia general*, 25.III.1981. Cfr. D. BERTETTO, *Maria nel Magistero...*, o. c., XVIII, pp. 99-100).

ella misma dio la vida como madre, en el orden de la generación terrena» (n. 10), siendo a la vez Madre, según la naturaleza humana del Hijo e Hija, según la gracia, del Verbo<sup>26</sup>.

La Encarnación, que inaugura la plenitud de los tiempos, es uno de los vértices de la donación salvífica divina, y en ella comienza la definitiva enemistad radical entre el Hijo de la mujer y la serpiente, profetizada en el protoevangelio (Gen 3, 15) y confirmada en el Apocalipsis (cap. 12). Tal como muestra el último libro del Nuevo Testamento, esta victoria del Hijo de la mujer, que aplastará la cabeza de la serpiente, no se obtendrá sin una ardua pelea, realizada a lo largo de la historia de la Humanidad, tal como lo atestigua el texto joaneo (cfr. Ap 12, 7-12).

En la relación y en el estudio de estos tres textos tan diversos y tan distantes en la historia de la salvación —Gen. 3, 15 se refiere a la protología; Lc 1, 28 a la plenitud de los tiempos; Ap 12 a la escatología— se comprueba que la lectura de la Sagrada Escritura presentada por el Papa, lo es en su unidad y totalidad.

El Cardenal Ratzinger hace hincapié en la particularidad de esta interpretación bíblica, al afirmar que «las grandes líneas de la encíclica a nivel de la filosofía de la historia llegan a ser más inmediatamente evidentes en la conexión entre dos pasos de la Sagrada Escritura aparentemente muy lejanos uno de otro; el capítulo 12 del Apocalipsis y el capítulo 3 del Génesis»<sup>27</sup>.

Los dos textos extremos se relacionan, entienden y aclaran a la luz del texto lucano. O dicho de otra forma: el texto de la Anunciación desvela, en parte, el misterio encerrado tanto en Génesis 3, 15 como en Apocalipsis 12

---

26. Véase un tratamiento semejante en la *Homilía* del 8.XII.1983: «Te saludo llena de gracia. Toda la Iglesia pronuncia hoy el saludo del ángel y lo eleva desde una particular profundidad de su fe. Esta profundidad se expresa en el misterio de la Inmaculada Concepción. 'Llena de gracia' quiere decir 'concebida sin pecado original': Inmaculada... La Mujer, el Ser humano elegido para ser Madre del Redentor, goza de modo particular los frutos de la Redención tal como la preservación del pecado. La Redención la abraza con la potencia salvadora de la gracia santificante desde el primer momento de la concepción. Es, por tanto, la primera entre los redimidos, a fin de que pueda responder dignamente a la condición de ser Madre de Aquel que ha redimido a todos los hombres... Por eso hoy repetimos con el Apóstol de la Gentes 'Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales... en Cristo' (Ef 1, 3). Y Ella, María, ha sido bendecida de modo totalmente particular: único e irrepetible. En El, en Cristo, Dios la ha elegido antes de la creación del mundo para ser santa e inmaculada en su presencia (cfr. Ef 1, 4)» D. BERTETTO, *Maria nel Magistero ...*, o. c., XXII, pp. 35-36.

27. *L'Osservatore Romano*, 27.III.1987, p. 1.

Efectivamente, con los datos del mensaje angélico, se conoce que es el Hijo encarnado quien aplastará la cabeza de la serpiente y que la mujer, Madre del Salvador, es la doncella de Nazaret. Igualmente la Encarnación proyecta su luz sobre el texto joaneo: «la Mujer vestida de sol con la luna a sus pies y una corona de doce estrellas sobre la cabeza» que da a luz un «Hijo que es arrebatado a Dios y a su trono» (Ap 12, 1 y 5) se identifica con María y su Hijo con Jesucristo.

Este planteamiento unitario de la Sagrada Escritura no es nuevo en la catequesis de Juan Pablo II. Véase, por ejemplo, la similitud de planteamiento que hace en la homilía del 15.VIII.1983: «La Iglesia, mirando hacia su futuro medita sobre el mismo a la luz de María Asunta, partiendo del propio pasado. La ‘Mujer vestida de sol’ del Apocalipsis de Juan es a un tiempo la mujer que después del pecado del hombre ha sido introducida en el centro mismo de la lucha contra el espíritu de las tinieblas. Habla de Ella el libro del Génesis. Recordemos las palabras de Dios-Yavéh dirigidas al tentador: ‘Yo pondré enemistad entre ti y la mujer’. Y esto queda corroborado por el Apocalipsis: ‘el dragón se situó ante la mujer que estaba a punto de dar a luz para devorar el niño apenas nacido’. Nos encontramos en el punto central de las luchas que se libran sobre la Tierra, desde el comienzo de la historia del hombre. La serpiente del libro del Génesis, el dragón del Apocalipsis es el mismo espíritu de las tinieblas, el príncipe de la mentira, que al rechazar a Dios y a todo lo que es divino, se ha convertido en la ‘negación’ encarnada. La historia del hombre, la historia del mundo se desarrolla bajo la presión constante de esa negación del Creador por parte de la criatura... ¿Quién es esta ‘Mujer’? Es aquella que con todo su ser humano dice: ‘He aquí la esclava del Señor’. Y se expresa así porque su ser humano, desde la misma concepción, ha sido plasmado por la gracia de Aquel que fue preanunciado por el profeta como el ‘siervo de Yavéh’»<sup>28</sup>.

En el estudio y relación de estos tres textos escriturísticos se advierte que «María, la Madre del Verbo encarnado, está situada en el centro mismo de aquella enemistad, de aquella lucha que acompaña la historia de la humanidad en la tierra» (n. 11), pero está como la «llena de gracia», como la poseedora de la «gloria de la gracia», haciendo patente ante Dios su extraordinaria belleza y siendo, ante la humanidad, signo inmutable de elección divina. En palabras del Cardenal Ratzinger, la entrada de María en escena revela que «la bendición es más fuerte que la maldición. El signo de

28. *Homilía en Castelgandolfo*, 15.VIII.1984, en *Ecclesia* 1984, tº II p. 1051. Cfr. *Homilía en Altötting*, en D. BERTETTO, *Maria nel Magistero...*, o. c., XVIII, p. 111.

la Mujer es el signo de la esperanza»<sup>29</sup>. Es decir, la presencia de María en este combate contra el dragón muestra que la elección divina «es más fuerte que toda experiencia del mal y del pecado, de toda aquella 'enemistad' con la que ha sido marcada la historia del hombre. En esta historia, María sigue siendo una señal de esperanza segura» (n. 11).

b) *Feliz la que ha creído*

El Papa después de estas consideraciones deducidas de la Anunciación, dirige su pensamiento a la Visitación, escena mariana próxima e íntimamente relacionada con la anterior. Una vez narrado el encuentro de María con su prima Isabel y el diálogo entre ambas, se afirma en la Encíclica que «en el saludo a Isabel cada palabra está llena de sentido y, sin embargo, parece ser de importancia fundamental lo que dice al final: 'Feliz la que ha creído que se cumplirían todas las cosas que le fueron dichas de parte del Señor'» (n. 12). Esta frase nos ayuda a profundizar en las insondables riquezas sobrenaturales que posee la vida de María. En efecto, las palabras de Isabel revelan la actitud de la «llena de gracia» ante la visita del ángel. Ella responde con un total acatamiento de fe, mediante el *fiat*, a las palabras del enviado divino. O en frase de la Encíclica «la plenitud de gracia anunciada por el ángel, significa el don de Dios mismo; la fe de María proclamada por Isabel en la Visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don» (n. 12). Si Dios por un don singular la constituye en «amada en este Amado eternamente» (n. 8), María responde perfectamente entregando libremente su vida en una «obediencia de fe» al querer divino. «Ha respondido, por tanto, con todo su 'yo' humano femenino y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con la gracia de Dios que previene y socorre y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo» (n. 13). El misterio de la Encarnación es fruto directo de la obediencia de la fe. María con su *fiat* se consagra totalmente a la persona y a la vida de su Hijo.

En un sentido directo la frase de Isabel «feliz la que ha creído» hace referencia al acto de fe de María en la Anunciación. Efectivamente, esta escena constituye el punto vértice del camino de fe de la Virgen de Nazaret que está «a la espera de Cristo» (n. 14), pero a la vez es el comienzo del itinerario de fe de María como Madre de Dios. «Y sobre esta vía, de modo

29. *L'Osservatore Romano*, 27.III.1987, p. 9.

eminente y realmente heroico —con un heroísmo de fe cada vez mayor— se efectuará la 'obediencia' profesada por ella a la palabra de la divina revelación» (n. 14), obediencia que la asemeja a Abraham, que en palabras del Apóstol de las Gentes es «nuestro padre en la fe» (Rom 4, 12; cfr. n. 14).

En la Anunciación la embajada angélica presenta al Mesías con una dignidad real, propia de su condición de Hijo del Altísimo (Lc 1, 32) y sucesor de David, que reinará en la casa de Jacob (Lc 1, 33). María que por la fe se sabe poseedora de la majestad de Madre del Ungido, a la vez se siente y es la esclava del Señor (Lc 1, 38), «abandonándose al significado que, a las palabras de la anunciación, daba aquel del cual provenían» (n. 15), y «aceptando plenamente con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino» (n. 14). Esta actitud supone en María «una fe incondicionada, una fe semejante a la de Abraham y Moisés, más aún todavía mayor»<sup>30</sup>.

A continuación el Papa en esta Encíclica muestra la peregrinación de la fe de la vida de María, que supone una ininterrumpida identificación con los «inescrutables caminos» e «insondables designios» de Dios, por medio del abandono a «la verdad misma de la palabra» divina (n. 14). Itinerario lleno de dolor, incomprensión y sufrimiento, pero repleto de dones sobrenaturales para la que, como «la Virgen Madre, ha sido introducida en la radical novedad de la autorrevelación de Dios y ha tomado conciencia del misterio» (n. 17; cfr. n. 36).

En este camino de fe de María, el saludo de su pariente adquiere su significación más plena en la Cruz de su Hijo. «Sí, ¡verdaderamente feliz la que ha creído! Estas palabras pronunciadas por Isabel después de la Anunciación, aquí a los pies de la Cruz, parecen resonar con una elocuencia suprema y se hace penetrante la fuerza contenida en ellas» (n. 19; cfr. n. 26). Desde la cumbre del Calvario la alabanza de su prima se extiende, no sólo a toda su vida, sino «hasta el comienzo» (n. 19), es decir, hasta la protología. Efectivamente, al participar en el acto redentor de su Hijo —nuevo Adán (cfr. Rom 5, 12s)— María es la nueva Eva (cfr. n. 37), de tal manera que «el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe» (n. 19).

El Papa en este texto, basándose literalmente en la doctrina del Concilio Vaticano II<sup>31</sup>, nos presenta el principio de recirculación, según el cual,

30. *Homilía en Altötting*, en D. BERTETTO, *Maria nel Magistero...*, o. c., XVIII, p. 109. Véase también la *Homilía en S. Pedro* 11.II.1981 (idem. p. 115).

31. *Lumen Gentium*, 56.

el modo de realizarse la redención, corresponde antitéticamente al de la caída. Si Eva intervino, no sólo como esposa, sino como incitadora y cómplice de la ruina del género humano, María participa no sólo como madre, sino como «la compañera singularmente generosa» (n. 39) en la restauración. Dicho de otra manera, el Romano Pontífice implícitamente está afirmando el carácter corredentor de la Madre de Dios (cfr. n. 39). «Con razón, pues, en la expresión ‘feliz la que ha creído’ podemos encontrar como una clave que nos abre a la realidad íntima de María, a la que el ángel ha saludado como ‘llena de gracia’. Si como ‘llena de gracia’ ha estado presente eternamente en el misterio de Cristo, por la fe se convertía en partícipe en toda la extensión de su itinerario terreno» (n. 19).

c) *Abí tienes a tu madre*

El Papa hace un *excursus* en los dos textos evangélicos que, impropriamente, se han denominado «antimarianos» (Lc 8, 20-21; 11, 27-28), deteniéndose especialmente en el segundo.

Este nos lo relata S. Lucas, cuando una mujer «alzó la voz entre la gente y dijo dirigiéndose a Jesús: Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron» (11, 27). Es un elogio a María por ser Madre del Señor, quien «es carne y sangre» de ella (n. 20). La respuesta de Cristo no se mueve en el mismo plano de la alabanza, sino que trascendiéndola, pasa a una dimensión espiritual, cuando responde: «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen» (11, 28). En esta perspectiva sobrenatural, «la maternidad, en la dimensión del reino de Dios, en la esfera de la paternidad de Dios, adquiere un significado diverso» (n. 20). Con ser importante y necesaria la maternidad fisiológica, el Señor, desde esta nueva dimensión, da preferencia a la maternidad «en la esfera de la paternidad divina». O dicho de otro modo, los vínculos materno-filiales naturales originan una relación menos profunda que la conseguida por los vínculos maternos sobrenaturales.

Ahora bien, esta dimensión más profunda de la maternidad «conciene concretamente a María de un modo especialísimo», pues «es la primera entre aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (n. 20). O desde otra perspectiva, si María merece ser dichosa por haber engendrado y criado a Jesús, mucho más lo merece porque, por su obediencia de fe, ha sido la Virgen Madre fiel que «ha conservado la palabra de Dios y la ha meditado en su corazón» (Lc 2, 19), poniéndola por obra en todos los instantes de su vida. Como afirma el Cardenal Ratzinger, estas palabras de

Jesús «muestran que la maternidad de María no se reduce a un singular e irreplicable hecho biológico, sino que ella era madre con toda su persona y que, consiguientemente, permanece todavía»<sup>32</sup>.

Este nuevo aspecto de la maternidad es, por tanto, previo al meramente corporal, pues «a este Hijo, como enseñan los Padres, lo ha concebido en la mente antes que en el seno: precisamente por medio de la fe» (n. 13) y en la peregrinación de la fe va creciendo esta maternidad, convirtiéndose María por ella «en cierto sentido, en la primera discípula de su Hijo, la primera a la cual parecía decir: 'Sígueme', antes aún de dirigir esa llamada a los Apóstoles» (n. 20).

Por tanto debemos mantener «que esta dimensión de la maternidad pertenece a María desde el comienzo, o sea, desde el momento de la concepción y del nacimiento del Hijo» (n. 20), por ser y actuar siempre como la «esclava del Señor».

A continuación en la Encíclica se nos muestra, bajo esta misma perspectiva, la escena de las bodas de Caná (Ioh 2 1-7), donde Jesús opera su primer milagro «manifestando su gloria y los discípulos creyeron en El» (Ioh 2, 11). A pesar de la aparente dureza de la respuesta del Señor a la afirmación de su Madre —«todavía no ha llegado mi hora» (Ioh 2, 4); aquí «hora significa el momento determinado por el Padre en el que el Hijo realiza su obra y debe ser glorificado» (n. 21)—, María dice a los servidores: «Haced lo que El os diga» (Ioh 2, 5) y Jesús opera el milagro.

Es muy llamativo, e incluso, en una primera visión paradójica, el desarrollo de esta escena; su verdadero y auténtico sentido se capta a través de la estrecha e íntima relación espiritual entre la Madre y el Hijo. En este hecho «se delinea ya con bastante claridad la nueva dimensión, el nuevo sentido de la maternidad divina» (n. 21). Si en los textos lucanos referidos anteriormente se remarca especialmente la diferencia y distinción entre esos dos aspectos de la maternidad, en el texto joaneo se hace hincapié en lo específico de la maternidad espiritual: «La solicitud de María por los hombres, el ir a su encuentro en toda gama de sus necesidades» (n. 21). Es decir, la maternidad de María posee una doble apertura: una hacia su Hijo, por la que se vincula a El «en la esfera de la paternidad de Dios» (n. 20) y en este caso sigue «que se manifieste el poder mesiánico del Hijo, es decir, su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana» (n. 21) y otra hacia los hombres, haciendo de mediadora ante Jesús «no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede

32. *L'Osservatore Romano*, 27.III.1987, p.9.

—más bien, tiene derecho— hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres» (n. 21; cfr. n. 38). Esta mediación es, por su propia naturaleza, intercesora.

La perícopa joanea contiene otro elemento básico de la maternidad espiritual. Las palabras de María a los sirvientes —«haced lo que El os diga»— presentan a la Madre de Cristo como «portavoz de la voluntad del Hijo» (n. 21), voluntad que debe aceptarse para que puedan recibir los bienes mesiánicos. Por tanto, María ejerce su mediación en un doble sentido: mostrando al Hijo las necesidades de los hombres y transmitiendo a los hombres el querer divino de su Hijo.

Toda esta riqueza doctrinal queda resumida en la Encíclica cuando se dice: «En Caná, merced a la intercesión de María y a la obediencia de los criados, Jesús da comienzo a su 'hora'. En Caná, María aparece como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera 'señal' y contribuye a suscitar la fe de los discípulos» (n. 21).

El Papa, identificándose con la mente del Concilio<sup>33</sup>, mantiene que la mediación maternal de María en nada empaña o empobrece la mediación de Cristo, sino que, como siempre ha afirmado la Iglesia, esa mediación maternal procede, depende y conduce a la única mediación del «único mediador Cristo Jesús» (I Tim 2, 5). «En este sentido el hecho de Caná de Galilea, nos ofrece como una predicción de la mediación de María, orientada plenamente hacia Cristo y encaminada a la revelación de su poder salvífico» (n. 22; cfr. n. 38).

La mediación de María, totalmente subordinada a la de su Hijo, está íntimamente vinculada a su maternidad divina (cfr. n. 22 y 38) y esto le confiere una dignidad «especial, extraordinaria» (n. 38) y «excepcional basada sobre su 'plenitud de gracia' que se traducirá en la plena disponibilidad de la 'esclava del Señor'» (n. 39), que por medio de su ardiente fe, confiada esperanza y encendida caridad colabora en la regeneración de la vida de la gracia de los hombres.

Como se decía antes, la maternidad de María va creciendo en su itinerario de la fe y, si Caná muestra esta maternidad en el principio de la «actividad mesiánica de Cristo» (n. 23), el mismo evangelio de S. Juan nos presenta el momento supremo, cuando la Virgen Madre en su peregrinación de la fe llega a los pies de la Cruz de Cristo. En el Calvario la maternidad misma de María conoce una transformación singular, colmándose de ardiente caridad hacia todos los que está dirigida la misión de Cristo (cfr. n. 39).

---

33. *Lumen Gentium*, 60.

En el Gólgota «Jesús pone en evidencia un nuevo vínculo entre Madre e Hijo... Se puede decir que si la maternidad de María respecto de los hombres había sido delineada precedentemente, ahora es precisada y establecida claramente» (n. 23); esa perfecta delineación en su origen, alcance y finalidad es lo que constituye el nuevo vínculo que se pone en total evidencia en el Calvario. El Romano Pontífice sintetiza todo este desarrollo doctrinal al decir que «esta nueva maternidad de María engendrada por la fe es fruto del 'nuevo' amor que maduró en ella definitivamente junto a la Cruz, por medio de su participación en el amor redentor del Hijo» (n. 23).

La presencia y cooperación de María (cfr. n. 39) en la Cruz, la introduce en el centro de la profecía del protoevangelio, donde el «linaje de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente» (Gen 3, 15). De nuevo el Papa relaciona dos textos aparentemente alejados uno del otro. Sin embargo esta lectura de los textos sagrados en su unidad y en su totalidad origina nuevas perspectivas teológicas en el entendimiento de la palabra revelada. Efectivamente esa conexión entre la presencia de la «mujer» en la Cruz y en la promesa divina después de la caída conduce a comprender que en el Gólgota, la frase de Jesús a su Madre muestra la singular posición que ella ocupa en el misterio redentor. O en expresión de la Encíclica: «Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la Cruz significan que la maternidad de su madre encuentra una 'nueva' continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia, simbolizada y representada por Juan» (n. 24).

Es significativo que tanto en el protoevangelio, como en Caná, en el Gólgota y en el Apocalipsis se designe a la madre con el título de «mujer». Según el Cardenal Ratzinger, esta identidad de nombre conlleva la relación existente entre estos textos evangélicos, el protoevangelio y el Apocalipsis (cfr. n. 47); más aún «debajo de este apelativo está la intención de indicar a María como la 'mujer' con valor general y ejemplar»<sup>34</sup>. De esta manera, así como María mediante su *fiat* en la Anunciación queda elevada al orden hipostático, convirtiéndose en Madre de Dios, en la Cruz «la mujer» se introduce en la Iglesia, en el alma de cada uno de los discípulos de Cristo como madre propia y cuya misión es conducir a cada creyente a la identificación con su Hijo. Esta maternidad de María con relación a la Iglesia como «indican algunas afirmaciones de la Tradición», es «el reflejo y la prolongación de su maternidad respecto del Hijo de Dios» (n. 24).

Si al decir de los Padres, la Iglesia nace del costado abierto de Cristo, María está allí recibiendo como madre —con dolor— el legado otorgado por su Hijo en la persona del discípulo amado (cfr. n. 23).

34. *L'Osservatore Romano*, 27.III.1987, p. 9.

Existe, por tanto, una relación muy estrecha entre la Anunciación, el nacimiento de la Iglesia y su plena manifestación al mundo el día de Pentecostés (cfr. n. 26). La persona que aúna esos momentos es María cuya «presencia discreta, pero esencial indica el camino del 'nacimiento del Espíritu'. Así la que está presente en el misterio de Cristo se hace —por voluntad del Hijo y por obra del Espíritu Santo— presente en el misterio de la Iglesia» (n. 24), siendo también su presencia en ésta materna.

J. L. Bastero de Eleizalde  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA